

Cuentos del paraíso de las islas

08

05 Los hijos del agobio

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 05/03/2023

Número de páginas: 15

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

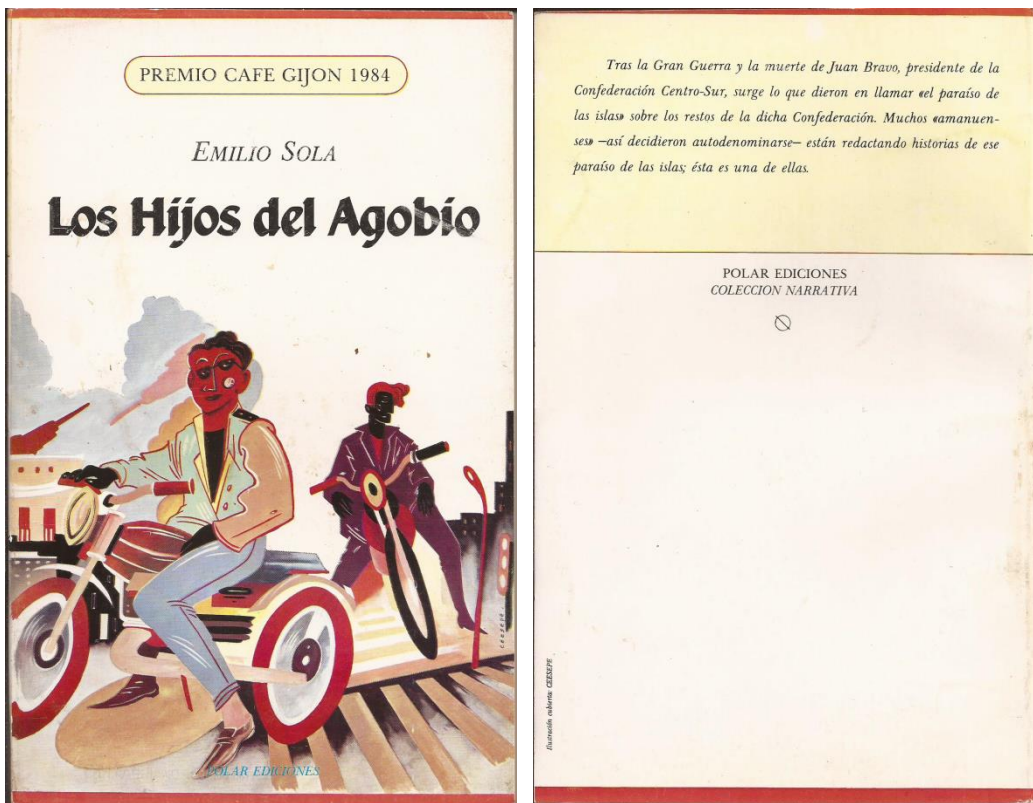
Cuentos del paraíso de las islas

08

05 Los hijos del agobio

“Los hijos del agobio” fueron publicados en 1984 por la editorial Polar de Madrid, al ganar el premio Café Gijón de novela corta de ese año. Su tiempo literario es algo inconcreto, tal vez en torno a la muerte de Gina Manfredi en el año 9 después de la gran guerra y de la muerte de Juan Bravo o JB, según la datación adoptada por el llamado “Paraíso de las islas”. Como siempre, es relato de un amanuense anónimo y su original procede de la llamada Biblioteca de don Borondón o de Naranjal. Se fragmentará en 7 entregas, una por cada capítulo del relato, más otra con el final, con una nota del amanuense que redactó la historia; años después de su redacción, algunos investigadores creyeron que el redactor podría ser uno de los personajes mismos de la historia, el Yoniyón:

8-1, 8-2, 8-3, 8-4, 8-5, 8-6, 8-7 y 8-8



CAPITULO V

Realmente el borde Tetas era un sentimental. En el fondo, muy en el fondo, pero un sentimental. El día que habían llegado a lo del Eulogio, el día de la muerte de Colocado, al entrar en el gimnasio tras el control de las luces escandalosas y los pitiditos y la luz negra y la selección de la música de la que había pasado descarado –entre otras cosas porque lo de leer tres palabras seguidas se le daba mal–, al penetrar en el interior de la gran bóveda, así de repente y sin aviso previo, la sonoridad espléndida le anubló todos los sentidos y cayó de rodillas, la frente contra el suelo, las manos a las sienes, y lloró y lloró –terrible shok–, luego dijo que de felicidad, pero llanto primero reposado y calmo, como íntimo, luego violento y espectacular, la frente golpeando rítmicamente contra el suelo antideslizante y áspero –cuando el Chapa intentara levantarlo al principio con el desconcierto, el Tetas le había gritado airado «¡déjame, putas!» y le había mordido en el tobillo y el Chapa le había dejado a su aire, mirón con otros de aquel Tetas en éxtasis frenético–, lloró como nunca antes había llorado en su vida y sintió –luego se lo contaría al Chapa– una sensación de laxitud y placer similar a la del momento álgido del orgasmo, aunque no supo si se había corrido realmente porque un «¡agua va!» con la lluvia correspondiente le dejó empapado y le sacó del trance con una ascensión que todos a su alrededor aplaudieron,

ojos cerrados, sonrisa de felicidad, brazos en alto como rendido a una fuerza poderosa enemiga, cuerpo de danza y, pronto, fiesta de todos en torno suyo, cuerpo culebra o canguro a saltos, fiesta.

—Eres un sentimental —le había dicho el Chapa, pero el otro ni le había oído.

Al Chapa la entrada en el gimnasio le había impresionado también sobremanera, pero la espectacular e insólita reacción del Tetas le había distraído de su propio asombro. Una vez repuestos de aquel primer impacto anulador, sin embargo, habían recuperado pronto el aplomo, habían estudiado el terreno y a la basca y pronto estaban enfrascados y a sus anchas en aquella barahunda fascinante. El balance del final de la noche era significativo: más de una docena de broncas duras, solos o con los niños, una vez incluso con la Mata Maxa y el Diestro, casi una veintena de amagos de bronca, muchos de ellos en la sauna o jamam; y no habían pasado de amagos en ese lugar no por falta de ganas sino de confianza, no se habían sentido muy seguros en el terreno de lo jabonoso, desconocido hasta entonces para ellos, en las antípodas de lo que ellos habían concebido siempre como combate legal; la espectacularidad de los golpes y saltos, sin embargo, les había hecho flipar cantidad y se habían jurado volver en días sucesivos para entrenarse en tan apasionante arte.

Era media mañana ya cuando llegaron a donde dormían sus compañeros —(hasta los güebos de helados), como repetía el Tetas—, media tarde ya cuando se habían despertado, por primera vez en muchos meses —o años, el Chapa no recordaba— doblados de agujetas. Su moto, el macuto, el saco y la manta que llevaban compartiendo tanto tiempo, estaban allí, pero ni rastro de los demás.

—¿Se habrán largado sin avisar? —se alarmó el Tetas.

—No creo. Los niños nos hubieran despertado —opinó el Chapa.

Vieron pasar a Kakadín como un rayo en la moto y se tranquilizaron. Al Tetas le dolían los riñones y la espalda; el

Chapa se ofreció para darle un masaje y el otro se tendió bocabajo, los brazos en cruz; el Chapa se le acaballó encima y amasó su cintura y espalda.

—¡Chachi! —agradecía aliviado el Tetañ, y luego—. ¡Masajea pero no escules, borde! —y el Chapa se reía.

Desde hacía cuatro años el Tetas y el Chapa habían sido inseparables colegas en los días fastos y en el tiempo de cárcel y desgracias, troncos inseparables. Del mismo barrio, arrabal de la gran ciudad del interior caótico y fangoso, juntos habían comenzado el descubrimiento primero de barrios adyacentes y periféricos y más tarde de los céntricos, juntos habían participado en el acotado y explotación de zonas, calles y esquinas muy determinadas, juntos protagonistas de una cotidianidad dura y excitante con cada vez más contratiempos menos divertidos y con apertura final bien planeada hacia otros suelos y otros cielos. Nunca habían conocido el paro porque nunca habían trabajado para nadie en ninguna de las ocupaciones que los que dicen que saben llaman trabajo. Ellos sabían que en la ciudad hay mil maneras de obtener dinero, más o menos costosas de esfuerzo, más o menos divertidas, muchas docenas de fáciles prestaciones a cobrar. Y toda fórmula posible la habían experimentado, sobre todo las más placenteras, incontables las veces, y con la particularidad de que si una redada pasmera interfería, así al azar, a los dos se los topaba juntos y con los dos cargaban, ya pareja familiar bien definida para aquellos surrealistas defensores de una moralidad o un orden inexistentes y contradictorios. Y las semanas de cárcel eran así más llevaderas, un elemento de más de lo cotidiano, casi placenteras, con perdón.

Quiere decir el amanuense —y se disculpa por este enrollé farragoso y conceptual— que el Tetas y el Chapa estaban condenados a ser uña y carne en esa mano inmensa y delicada —buena experta en caricias y puñetazos— que es la ciudad, la gente en general, la vida.

Era el Tetas, y de ahí su apodo, de corpachón grande y un tanto seboso, no tan fuerte como Goliat, más blando tal vez, aunque de pareja envergadura, pelo oscuro semilargo y

grasiento y un amago de bigote y barba ralos que aún entonces, aunque cada vez menos, le tenían una poco mosqueado. La Kakadín admiraba al Tetas —no propiamente amiga, aunque se conocieran de vista de la gran ciudad del interior antes del viaje— como cazador de moscas a sobaco; había llegado a fascinar a la titi con aquella habilidad suya; con el torso desnudo, el Tetas se ponía las manos a la nuca, sentado, de pie o tumbado —aunque en esta postura última fallaba a veces—, y, si alguna mosca había cerca, en breve la tenía posada en el sobaco, su olor corporal irresistible para esos insectos; con rápido movimiento y chasquido característico —plafsh...— se la cargaba en décimas. La Kakadín había querido aprender, pero no le salía; siempre se le posaban en otro lugar, en el cuello, en la nariz o en un pezón, y terminaba palmeándose y cabreada. Del Tetas comentaba su inseparable Chapa que era capaz de adelgazar a pedos con gran facilidad; si un día le comentaba alguien que estaba demasiado gordo y fondón, el Tetas se enfurruñaba, se pasaba el día hosco y al atardecer se liaba a pedos y adelgazaba; por los menos eso decía él y afirmaba haberlo comprobado con peso y todo. No estaba claro que fuese así de simple, pero algo de eso había.

El Chapa siempre había ido de guaperas por el barrio y por la ciudad, el Tetas verdadero colega guardaespaldas y secretario, casi su cerebro gris.

—Con tus cachas y figura y con mi coco, nos comemos el mundo —le había dicho el Tetas años atrás, y así había sido de alguna manera.

Con el tiempo, sin embargo, el Chapa había aprendido mucho y en mañas nada tenía que envidiar a su colega. Pero ya eran tan inseparables el uno del otro que, casi automáticamente, cuando uno curraba con su cuerpo —ligue o tajo—, el otro administraba. En fin. El último año en la gran ciudad del interior había sido de curre y ligue a tope, a destajo, noche y día con breves intervalos de alcohol, estimulantes y bronca, hasta que el dinero de la moto había sido reunido. Y el viaje bien planeado; y la costa. Allí estaban.

Kakadín pasó de nuevo, esta vez en dirección a la zona de la enfermería, y el Tetas le hizo seña. Se detuvo un momento la titi. La gente estaba enrollada con su curre. A ella le habían dado de mensajera.

—Estoy hasta el coño de recados —pero se la veía contenta.

Las motos las habían metido en una nave-garaje que había cerca de la enfermería, junto al taller en donde el Biela y la Manivela. Les dijo dónde estaba lo del curre y los bonos. A ella le habían dejado funcionar con la moto ese día, pero luego tenían que hacérselo sin moto, de otra manera. Había visto al Roqui y estaba bien. Se abrió la Kaka, sus cuatro quiquis por corona enhiestos.

En la casa de la máquina del curre les dieron carga y descarga de seis a diez en el bar de la carretera y en el gimnasio. Era tarde ya y para el día siguiente les dijo la chica que estaba allí que ya les darían algo más ajustado a sus gustos o habilidad, que de «trabajo de lo que sea» a esas horas quedaba poco.

En el almacén central, a medias construido aún, tras echarse un bocata en el bar de la carretera, un chico que controlaba aquello les enseñó el manejo de unos carros a los que llamaban «camellitas», unos de pedales y otros simples carretillas aunque podían acoplarse a pedales también, y el montón de bidones y contenedores a transportar al gimnasio y al bar. Eran un equipo de una docena de tíos y titis y se lo montaron bien, sin problemas, cada viaje una cerveza o un helado, chachi.

—Así mola currar —llegó a decir el Chapa.

A las nueve empezó a llegar basca de relevo y a las diez y cuarto estaban en el bar papeando algo.

A Tutankamon y a los niños Niñato y J. L. Recio les habían dado papela para la obra grande, que decían, amplísimo complejo con auditorio o sala de conciertos y dependencias anejas innumerables. Las dimensiones de aquel conjunto, aún en plena cimentación, decuplicaban por lo menos la

superficie del montaje que ya funcionaba, que era lo que llamaban gimnasio. Ya no se podía decir que aquello fuera chiringuito de Eulogio pues sobrepasaba con mucho –incluso abrumaba su descomunal tamaño– la pequeñez humilde y deseada del con propiedad llamado chiringuito o barcito de Eulogio. Eran, además, terrenos municipales cedidos tras laboriosa gestión de la Fundación Manfredi-Borondón, como ya se comenzaba a decir por entonces, y nada tenían que ver con el campito y terraza frente al mar que arropaban el chiringuito y vivienda de Eulogio, su familia e/y –pocos aún– invitados. En fin.

Cuando el Tuta y los dos niños llegaron a la obra los pasaron, como novatos, a una barraquita de cristal, similar a la de recepción de la acampada, en donde una chica mulata pálida de grandísimos ojos claros –el niño Niñato se había quedado colgado con aquella visión y en el tiempo que vino no había de apartar su atención de cada uno de sus gestos, fascinado– les mostró una maqueta con lo que había de ser aquella obra en la que iban a comenzar a trabajar. Tenía la chica un dulce acento, sin duda americano, y tras la explicación se sometió a cuantas preguntas quisieron hacerle los recién incorporados –unos quince en total, de los que cinco eran chicas– y les indicó, según su tarjeta, el lugar de curre de cada uno. Niñato no se había enterado prácticamente de nada y aún seguía pasmado en un rincón cuando la chica había terminado con las papelas de todos y habían salido incluso Tuta y J. L. Recio.

–¿Y tú? –le dijo la chica sonriente.

Niñato se sobresaltó y abrió mucho los ojos.

–Yo, qué –le salió medio ininteligible.

–Que si no quieres saber dónde está tu lugar.

Pero el chico no entendía lo que le estaba diciendo aquella muchacha y se encogió de hombros confuso.

–¿No tienes papela? –preguntó la chica amable.

–¿Papela? –y como si despertara de un largo sueño–. ¡Ah, sí! –y se la tendió.

A la otra le hizo gracia.

—¡Pero qué te pasa, chico! —y le había salido cheli.

El Niñato, confuso aún, se encogió de hombros de nuevo. Fuera, el Tuta y el J. L. Recio se impacientaban y les hicieron seña desde uno de los ventanales.

—Tu puesto está aquí —y señaló uno de los edificios de la maqueta—, que en la obra es allí, ¿ves?, al pie de la grúa anaranjada —y se lo señaló con el dedo, visible desde el interior a través de una de las grandes lunas de cristal.

Niñato asintió mudo, tomó su tarjeta y —el perfil de la chica señalando con el dedo le pareció de una armonía tal que le emocionó y a punto estuvo de que se le saltaran las lágrimas—, sin haberse enterado absolutamente de nada, salió de la caseta para reunirse con sus dos colegas.

—¡Mucho rollo, tú! —le dijo el J. L. Recio.

Y se fueron hacia la gran grúa anaranjada. Niñato se volvió varias veces y siempre divisó, en el interior de la caseta, los reflejos sutiles del cristal enmarcando su figura, a la chica mulata pálida de ojos clarísimos que los miraba sonriente alejarse.

El Biela y la Manivela se sentían en el taller como en el paraíso y no sólo en la sección de motos, sino también —más aún, aquellos motores gigantescos— en la de camiones, tractores y maquinaria industrial; al finalizar su turno estaban negros de arriba abajo —«chorbo moreno», le había dicho la Velita, y el Biela le había dado un nalguetazo y le había llamado así, Velita— y exultantes. Luego habrían de echar un polvo en la ducha, antes de ir a comer algo al bar de la carretera. Con los compañeros de taller no habían tenido ningún roce, gente en general bien enrollada con su curre.

No había sucedido así con Goliat el Diestro. A Yoniyón y al Diestro les habían dado papela para las obras del puerto, a unos pocos kilómetros del bar de la carretera; habían tomado un busito especial que hacía periódicamente el trayecto con los cambios de turno, los que se incorporaban a la ida, los que terminaban de vuelta, al que llamaban «el canguro» —y este nombre al Diestro le trajo malos recuerdos de

viajes carcelarios, allá en su ciudad del interior de origen-, la chapa de la carrocería hecha un cromo de colorines, el claxon cantarín. Nada más ver el Diestro que el tajo que le correspondía según la papela -y tras una sesión informativa para los novatos ante maqueta- era en lugar demasiado próximo al agua para su gusto y seguridad, supo que ese su primer día de curre en lo del Eulogio no iba a ser fasto; intentó decirle al jefe de la brigada -un fulano viejo con el rostro tallado por el viento, el tiempo, el sol, etc.- que no le gustaba demasiado el agua y que, pero el otro se lo tomó a broma, no lo comprendía, le dijo que en diez minutos él y el mar serían colegas y tal, el Diestro porque no le creyera cagueta y calamidad refunfuñó que bueno, pero... Y así fue: en la primera faena de ajustar una carga que había de transportar por los aires una grúa de brazo gigantesco, el Diestro se sintió empujado por un vecino temió perder pie y caerse al mar y, así, mientras se asía al cable más próximo, le soltó una puñada en plena boca al vecino con su mano-maza contundente que lo mandó vestido como estaba al agua y con un diente paletón de menos; el jefe de la brigada no sabía si reír o si enfadarse y, finalmente -tras una discreta explicación de Yoniyón-, destinó al Diestro a otra brigada que operaba en un lugar más de seco y al chaval, que salía a nado con la boca ensangrentada y chupando el paletón como si fuera un caramelo, a la enfermería.

A Yoniyón no le había de suceder nada similar; más aún, en un momento de trabajo especialmente arriesgado -una carga que no eran capaces de alojar en su lugar exacto- había metido los dos pies en el agua y ni siquiera se había dado cuenta de ello; más tarde, ya la carga alojada y desaparecida la excitación, se percató de que estaba en el límite tierra firme y mar; de un salto se puso a salvo, los ojos muy abiertos, lívido. Por fin le había tocado al azul, contacto incruento y sin dolor, aún desasosegador sin embargo.

La Maco y Bocanegra no habían plantado árboles en su vida pero se lo pasaron pipa con aquel curre y, al final de su

turno, decían muy orgullosos que ya dominaban el oficio y conocían media docena de nombres de árboles –y los diferenciaban–, además del pino. La destrucción por fuego de los bosques de la costa continuaba siendo por entonces una plaga y se habían organizado grupos de reforestación inmediata a base de gran variedad de pinos y cipreses, cedros, acacias, álamos o chopos, fresnos, carrascas..., y en algunos lugares olivos y frutales. Un busito al que llamaban canguro –a todos los autobuses de transporte de personal llamaban así– y un camión abarrotado de esquejes/árboles diminutos –procedentes de un semillero que, aunque joven aún y en fase de experimentación y montaje, ocupaba ya una respetable extensión de terreno entre las obras del chiringuito de Eulogio y el puerto –formaban peculiar caravana de rica –chavalería y arbolitos– carga. La chica Silví –que la tarde anterior les sirviera copas y bocatas en el bar de la carretera y con la que a punto había estado la Maco de enrollarse, celosa, mal–, con su maromo negrazo inmenso, iba también en el canguro, pulcramente vestida de campo, atildada, coqueta y encollarada; les saludó sonriente; hablaba en francés con el tío.

–Hermoso día para ir de campo hoy –les había dicho al subir al autobús, pero la Maco había hecho como que no la oía, la mosqueaba aquella fulana.

Durante el trayecto –la Maco y el Bocanegra se habían apalancado en la última fila del autobús casi lleno– Macorina observó cómo aquella tía cursi y el negro se pegaban un lote de besos y caricias espectacular, cual si estuvieran solos allí, y eso, a pesar de que en el fondo la mosqueaba, la puso cachonda; le tiró dos o tres envites al Bocanegra, llegó a hacer un par de amagos de meterle mano, pero éste no se enteraba de por dónde iba la cosa y se incomodó.

–¡Pasa, titi! –y le dio casi la espalda, pendiente del paisaje exterior, los brazos fuera de la ventanilla abierta–. ¡Vaya marcha mañanera!

A la Macorina le entró muermo y se cambió de asiento, a la ventanilla de delante del Bocanegra; la abrió y se asomó,

los codos fuera como su compañero. Pasaron el viaje sin hablarse; de vez en cuando echaba un vistazo la chica a la pareja del negro y la cursi para comprobar que seguían como un pulpo y una pulpa, todo brazos, «gran puta», mascullaba, y seguía luego con el paisaje exterior, el mar de fondo.

Lo de los árboles, a medida que avanzaba la tarde, les había ido interesando cada vez más. El negrazo colega de la tal Silví —que luego supieron que se llamaba Federico Taiwo y resultó un chaval muy legal, músico— y Bocanegra fueron los dos grandes artistas campeones del hoyo; se habían picado mutuamente y le habían dado a la azada un ritmo infernal que sus compañeros de aquel día de campo, tras algún intento individual infructuoso, se resignaron a no seguir. Hubo un alto a media tarde —que algunos amenizaron con música de guitarra y una flauta— para tomarse unas cervezas y charlar un rato; Macorina observó que el negro Taiwo y la cursi Silví se habían alejado un tanto del grupo y se estaban echando un polvo bajo unos arbolillos cercanos, tras una mata; otra vez se sintió excitada y trató de provocar al insensible Bocanegra, pero no hubo manera, estaba demasiado enrollado con la música y la conversación.

—¡Qué te pasa hoy, chica! —le dijo de mal talante—. ¡Nunca te había visto tan pegajosa!

—¡Jodido borde! —le había respondido malhumorada—. No te preocupes, que no te molesto más, raza de mierda.

Y la Maco se había alejado de su lado y se había puesto a tontear con un chico jovencito que llevaba la pechera de la chaquetilla vaquera sin mangas atiborrada de chapas multicolores de cantantes y marcas de moto y coches. A la caída de la tarde, a la hora del regreso, eran buenos amigos y el chico le había regalado a Macorina una chapa dorada y roja de moto Maco que la chica se puso en uno de los remiendos del muslo del pantalón; en el canguro volvieron juntos en animada charla de música, motos e historias de la basca en lo del Eulogio. Bocanegra se había hecho amigo del negro Federico Taiwo y —había conseguido liberar al gigantón de las caricias de Silví, que charlaba con otra chica de viajes—

volvieron juntos en el autobús planeando para el día siguiente una sesión de pruebas de sonido con el grupo del músico Taiwo.

Mata Maxa se había pasado el día en la granja, en concreto en la cuadra de caballos. En la caseta de información, como nueva en la zona, un chico le había explicado a ella y a otro fulano las diferentes cuadras y granjas; las conejeras, las pocilgas de los cerdos, el establo de vacas lecheras y el de las destinadas al matadero, los gallineros y faisaneras, las caballerizas... Un técnico jerezano, Pepe el de la Colza, le decían, bien plantado pero bizco, de charla vivaz y algo tartaja, había sido su mentor en aquella primera jornada de chica vaquera; le hizo cambiar la ropa por otra más cómoda de faena —la Mata, un poco exhibicionista a lo Kakadín, se le paseó en bragas por delante de las narices al chico hasta hacerle bizquear más de lo habitual— y le explicó luego las líneas generales de limpieza y alimentación. Había pocos caballos aún —media docena de yeguas, dos machos, uno de ellos buen semental le explicó Pepe el jerezano, y un potrillo—, pero tenían previsto aumentar la yeguada. Pepe el de la Colza vivía allí permanentemente, le gustaba aquello, y en la casa en la que vivían varios de los permanentes allí tenía una pequeña biblioteca de libros especializados. Le enseñó a montar a pelo aquellos animales y la mayor parte de la tarde la pasaron a caballo por la granja echándole una mano a los grupos de la vaquería.

—Cuando quieras pillarme, aquí me encuentras —le había dicho el yegüero jerezano, y la Mata supo que más de un día de los que estuviera en lo del Eulogio iba a pedir papela para la caballeriza.

Antes de tomar el busito de vuelta —un canguro más del parque de transporte de personal— quedó con Pepe en el gimnasio y el chico jerezano le prometió acudir a la cita en caballo. El viaje de vuelta, anocheecía ya, se lo pasó la titi pensativa, sin hablar con nadie, a la ventanilla, contenta de que a ninguno de sus colegas motorizados le hubieran dado pa-

pela para currar a su lado.

Por la noche, en el bar de la carretera y en el gimnasio, se reencontraron y cambiaron impresiones sobre aquel primer día —sin duda histórico en la mente de muchos de ellos— en el chiringuito de Eulogio. La jornada terminaba con el cambio de papela, que fijaba el curre para el día siguiente con su horario y lugar, y la entrega de los bonos nominales convertibles en pasta, tarjetitas de colores como cromos plastificados. Casi todos —salvo Tetas y Chapa y la Kaka, que no quería ser recadera, y el Bocanegra y la Maco, que pasaron a la obra grande— repitieron papela; el Tetas y el Chapa pasaron a la obra del puerto y la Kaka —tuvo que ponerse borde con Yoniyón, que quería que trabajaran juntos donde fuera— se lo montó de vaqueta sin que la Mata Maxa se enterara; cuando al día siguiente las dos coincidieron en el canguro era ya demasiado tarde y la Mata había tenido que sufrir la cercanía de la Kaka y sus extravagancias.

Sigue en 08-06-Los hijos del agobio